

## la disolución de la empresa pública

La empresa pública en España comenzó a desarrollarse a partir de los años 40 respondiendo a una coyuntura específica y en el marco de una sociedad presidida por la autarquía económica. Su evolución estuvo vinculada a los vaivenes de la política económica del país. A partir de los años 60 perdió impulso, entrando en un proceso de crecimiento lento y regresivo. La empresa pública ha ganado siempre en España de «mala prensa». Se le atribuyen reiteradamente efectos de mala organización y administración, burocratismo, falta de rentabilidad, costes elevados, etc. Si bien es cierto que ha tenido muchos de estos defectos, no menos evidente es que la empresa privada tampoco se ha visto libre de los mismos errores y contingencias. Olvidan los detractores de la empresa pública que tales defectos son inherentes al mecanismo del crecimiento en un país que parte de una estructura como la que caracteriza a la sociedad española. La evolución de la minería, siderurgia y agricultura, donde la empresa pública ha llegado demasiado tarde, no es un modelo de desarrollo económico racional, sino que son precisamente estos sectores, dirigidos por la iniciativa privada, los más responsables de la situación crítica que atraviesa el país. El principio de su subsidiariedad ha mostrado en ellos su carácter aleatorio. Ha bastado que las condiciones en que tradicionalmente se desenvolvía —aranceles elevados, salarios bajos, política fiscal favorable, etc.— variaran para que estas actividades que realizaba la empresa privada y eran fuentes de ganancias beneficiosas, hayan quedado abandonadas por el capitalismo financiero. El caso de la minería resulta aleccionador. La empresa pública (HUNOSA) sólo se creó cuando los programas de acción concertada no bastaron para enfrentarse a las insuficiencias empresariales.

Por otra parte, las empresas públicas, al ocuparse de sectores y actividades que cubren un servicio público, no son necesariamente rentables. Pero lo que más interesa destacar, para arrojar luz sobre el problema, es que resulta paradójico que estas críticas provengan de núcleos muy significativos de la empresa privada, ya que, de hecho, en España no puede considerarse a la empresa pública desligada de estos intereses. Asimismo en los últimos años a una marcada tendencia hacia la privatización de la empresa pública. El INI no sólo no ha actuado para evitar o combatir prácticas restrictivas de la competencia, como se programaba en el I Plan de Desarrollo, sino que ha actuado como sostén indiscutible de los intereses privados. A este respecto, es significativa la integración de las empresas del INI establecidos en los sectores básicos —electricidad y siderurgia— en sociedades unificadoras como UNESA y UNESD (esta última ha absorbido a la Central Siderúrgica, cuyos fines de carácter patronal eran sobradamente conocidos). En ambos sectores básicos, la coordinación de intereses de las empresas privadas y públicas es evidente. En la industria eléctrica «el Instituto se encuentra con que ocupando una posición de productor de energía eléctrica, obtiene menor rendimiento en sus inversiones que las empresas privadas, debido a que no puede proceder a la distribución directa de la energía producida» (marqués de Suanes, a la Junta General de Accionistas de la E. N. Colvoco Solano, 1963). Hace algún tiempo también se habló de la «existencia de cierto pacto de amistad y "no agresión" entre ENHER-INI e Hidroeléctrica de Cataluña encaminado a orillar competencias caras» («El Economista», 3 de abril de 1965. Pág. 839).

En el campo de la siderurgia los contactos directos entre las «tres grandes» del sector —Altos Hornos, ENSIDESA y UNINSA— han sido fomentados y perfeccionados con la creación de «este coordinador» que es UNESD.

Estos fenómenos de acercamiento no se han producido casualmente. Todos ellos no son sino la expresión de la creciente privatización del INI. Este es un hecho comprobable. En efecto, solamente las entidades financieras de crédito, es decir, las típicas representantes de los intereses privados, cuentan con directivos en todas las sociedades controladas mayoritariamente por INI de más de 800 millones de pesetas de capital (ENSIDESA, ENHER, Colvo Solano, HUNOSA, Empresa Nacional de Electricidad, Hidroeléctrica Montcañil, ENASA, Empresa Nacional Elicona, Iberca, SEAT). Concretamente, 43 representantes (consejeros) de las entidades financieras de crédito están presentes en los Consejos de Administración de veinte sociedades de más de 500 millones de pesetas de capital, controladas mayoritariamente por el INI y suman un capital de 49.944,9 millones de pesetas. Este es un dato suficientemente clarificador, más si tenemos en cuenta que estas personas ocupan seis Presidencias y cuatro Vicepresidencias en los Consejos de Administración de dichas sociedades del INI.

Ante estas circunstancias, la crítica a la empresa pública por parte de la esfera privada resulta incomprensible, salvo si lo que se pretende es la privatización total de la actividad económica del país, lo que se corresponde con una concepción económica propia de un capitalismo trasnochado. Frente a estas tendencias, es necesario promover una reforma del marco en que se desenvuelve la empresa pública en España, así como un replanteamiento de sus fines, objetivos, organización, control, etc. El hecho de que los trabajadores, a través de la Seguridad Social, hayan participado ampliamente en la financiación de los mismos, exige, con mayor razón, un cambio radical de perspectiva e igualmente una intensificación de su control. Por ello debe abordarse con decisión la exposición de la empresa pública, aunque, por supuesto, dentro de una alternativa global al sistema ya que, en otro caso, dadas las circunstancias actuales, cualquier solución carece totalmente de validez.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ

### cristianismo para el pueblo



Enrique Miret Magdalena

editorial EBO

A nuestro colaborador Enrique Miret Magdalena hay que definirlo —aludimos ahora a su personalidad como publicista— en relación con las nuevas promociones que han asumido la tarea de crear un pensamiento crítico sobre la problemática del contorno. En lugar de caer en la fácil tentación de la apología y del triunfalismo, estas nuevas promociones se han dado la voluntad de poner en cuestión, a través de un esfuerzo riguroso, todo lo que la realidad les ofrece como acabado. Preguntarse por todo, no aceptar como cierto lo que no se ha verificado, revisar cuanto se esconde tras las bellas palabras, constituye, sin duda, el mejor de los programas. Terminar con la retórica de gran estilo, cualquiera que sea el campo en que se produzca, e ir a las cosas tal como son, representa, en efecto, un excelente plan de trabajo. Así se lo plantean desde los nuevos poetas hasta los nuevos economistas.

Enrique Miret puede ser situado en esa línea. Dentro de la poderosa corriente renovadora postconciliar, que respalda su audacia y sostiene su postura, Miret libra un difícil combate contra la esclerosa, la pereza mental y el conservadurismo cómodo. «En un país como el nuestro —escribe en "Cristianismo para el pueblo", libro editado por ZYX e integrado por una selección de trabajos publicados en TRIUNFO—, donde el triunfalismo religioso y el ocultamiento de nuestras faltas en este terreno han sido defectos endémicos durante años y años, se hace necesario utilizar este escánculo de la crítica. Crítica de la realidad religiosa que vemos en nuestro entorno, y que la hacemos no por falta de amor a la comunidad cristiana, sino con el deseo de perfeccionar, en nosotros y en todos, lo que es defectuoso».

Pero no es sólo un método crítico el que sigue Miret, si bien, a nuestro modo de ver, su talento para desarrollarlo preeminente explora la envergadura de su audiencia. La originalidad de Miret reside precisamente en este aspecto de su labor. Nadie antes que él en nuestro país había abordado con tanta decisión, con tanto valor, en un lenguaje tan accesible y directo, tan eficaz, una revisión tan necesaria y urgente. Sin embargo, hay en su labor otro aspecto no menos encomiable: su estrecho enlace con el pensamiento teológico último. Miret conoce muy bien sus dificultades: «En algunos núcleos de nuestro país todavía hay una alergia a estas ideas y nuevos caminos; alergia que algunos que están más capacitados transmiten a los fieles que están más unidos a ellos, porque en otros ambientes difícilmente tienen influencia estas personas demasiado conservadoras. Sin embargo, ya se empieza a reconocer que estas orientaciones católicas son corrientes en otros lugares, y —como acaba de ocurrir con el catecismo holandés— ya no pueden decir que sean heterodoxas ni mucho menos».

Miret, hombre del diálogo: dedica el libro por igual a avanzados y conservadores, creyentes y no creyentes. Piensa Miret que las páginas de su libro constituyen «síntoma y expresión real de una época nueva». Y lo son, ciertamente; se podrá discrepar de Miret, no coincidir con su pensamiento, no ya en actitudes, sino incluso en cuestiones de fondo, pero hay que reconocer la importancia del significado de sus trabajos polémicos y la trascendencia que en diversos órdenes ha alcanzado su constante y segura labor, que responde a un compromiso insobornable de extraordinaria firmeza.

A la ya considerable fonda de "Alianza Editorial" se acaba de incorporar un libro que recoge tres obras de Baroja: "César o nada", "El mundo es así" y "La sensualidad perversa", unificadas bajo el título común de "Las ciudades". Creo que esta incorporación es muy importante para los nuevos lectores y que, en virtud de esta política editorial de "Alianza", la obra de nuestro gran novelista conoce un notable auge.

No vamos a insistir en esta columna en la formulación de las características esenciales de la novelística barojiana, tan personal, con tantos valores específicos, tan peculiar incluso en sus defectos. Aquí está —en las páginas de "César o nada" o de cualquiera de las otras— toda la tremenda ingenuidad de Baroja, toda su aspereza —que distraía, sin duda, aunque se haya subrayado poco, una gran ternura—,

todo su escepticismo, su vitalismo nietzscheano, su culto a la acción. Esta trilogía constituye un elocuente índice de sus grandes dotes imaginativas, de su talento para crear personajes y estructurar conflictos novelescos.

Esta "vuelta" a Pío Baroja, a través de una serie de reediciones, puede resultar extraordinariamente fecunda. La novela española se encuentra actualmente en un claro callejón sin salida. Tendrá que volver atrás y apoyarse en lo más sólido del inmediato pasado para cobrar nuevo impulso. Mientras novelistas "de premio" reiteran en narraciones acartonadas la temática decimonónica, los conflictos de una sociedad burguesa tan débil en su ideología, en sus mecánicas intelectuales de defensa, se está gestando ya una nueva promoción más exigente, con anhelos renovadores. Para ella, la relectura de Baroja puede ser muy útil.



PIO BAROJA  
LAS CIUDADES  
CESAR O NADA  
EL MUNDO ES ASI  
LA SENSUALIDAD PERVERSA